



# Evitar la hambruna

Joseette Sheeran

**La sequía y la hambruna que siguen aquejando al Cuerno de África son una poderosa razón para usar la gestión global de riesgos en pos de la seguridad alimentaria**

**L**AS imágenes de niños raquíuticos con los ojos tan hundidos que parecen estar mirando de frente a la muerte se han esfumado de los periódicos matutinos y de los noticieros vespertinos. Pero en este momento más de 13 millones de personas todavía necesitan urgentemente asistencia en el Cuerno de África.

Sin ir más allá del sur de Somalia, la conjunción de sequías, conflictos y falta de acceso a servicios humanitarios ha sumido en la crisis a tres millones de personas. Decenas de miles más podrían morir si no se permite que la asistencia humanitaria llegue libremente. La hambruna no ha ocurrido porque las estructuras y los sistemas del país hayan fracasado, sino porque sencillamente no existen.

Hace poco, al visitar la región, hablé con un sinnúmero de mujeres que me contaron que habían tenido que abandonar a la muerte a algunos de sus hijos para emprender un largo camino desde poblados del sur de Somalia sin infraestructura, redes de protección ni programas de ayuda, para poder llegar a centros de asistencia donde otros de sus hijos, lo suficientemente fuertes como para sobrevivir el recorrido, podrían recibir la ayuda que les salvaría la vida. Tras dos décadas de guerra civil y la peor sequía en 60 años, los somalíes se enfrentan a la terrible disyuntiva que les queda a quienes carecen de alimentos: migrar o morir.

Una sequía como la que está azotando al este de África quizá no se pueda evitar, pero las hambrunas sí se pueden prevenir. La comunidad internacional dispone de las herramientas necesarias para que no se formen los “camino de la muerte” que estamos viendo en partes de Somalia. En las zonas a las que llega la asistencia humanitaria, millones de personas hambrientas reciben ayuda que les salvará la vida. No podemos impedir las sequías de mañana, pero el despliegue de soluciones duraderas que abarquen todo el abanico de la seguridad alimentaria —desde respaldo a los pequeños agricultores hasta redes de protección para evitar el hambre y un mecanismo de raíz africana que mancomune el riesgo y ayude a proteger a los más vulnerables— reforzará la capacidad de resistencia a las crisis y permitirá responder a tiempo.

La primera catástrofe humanitaria internacional —la crisis alimentaria de 2008— produjo un cambio estructural en mercados de alimentos que se habían mantenido estables durante casi 30 años. Entre 1969 y 2004, como consecuencia del crecimiento constante de la oferta alimentaria y el descenso de los precios, la proporción de personas que padecen hambre bajó 40%. Sin embargo, el riesgo y la volatilidad de los precios y de la oferta están a la orden del día desde 2008. Muchos países, incluidos los del Cuerno de África, no disponen de mecanismos tales como reservas alimentarias nacionales para amortiguar esa volatilidad.

El 80% de los habitantes del mundo en desarrollo que, según las estimaciones, no tienen una red de protección que brinde acceso adecuado a alimentos y nutrición durante las crisis por fuerza ven reflejados en su plato los riesgos ambientales, políticos y económicos de la vida diaria. En lugar de permitir que la volatilidad de los precios y la oferta de alimentos perjudique a los más necesitados en las zonas más vulnerables, debemos

Un niño sostiene un cuenco de arroz y frijoles en Somalia.



afianzar la seguridad alimentaria mediante la gestión global de riesgos.

Como todos los sistemas que enfrentan graves riesgos, la seguridad alimentaria exige invertir en la creación y el respaldo de redes de protección productivas que, mediante transferencias y subsidios, impidan que los pobres caigan por debajo de un cierto nivel de pobreza, y que los protejan, a ellos y sus familias, de crisis futuras.

La sequía actual es sin duda alguna terrible, pero el número de personas en peligro de muerte que necesitan asistencia en el Cuerno de África podría ser mucho mayor. Hay 4,5 millones de personas en Etiopía, Kenya y Uganda que se benefician de redes de protección productivas gracias a las asociaciones gubernamentales creadas por el Programa Mundial de Alimentos (PMA) de las Naciones Unidas.

En la región seca de Karamoja, en el norte de Uganda, las comunidades locales están dando muestra de mayor capacidad de resistencia que durante las sequías de 2007-09, gracias a un nuevo sistema de almacenamiento de alimentos comunitarios que se repone en tiempos de cosecha. En Kenya, el PMA beneficia a más de 670.000 niños a través de una red de protección integrada por comedores escolares.

El programa Compras para el Progreso del PMA adquiere productos a pequeños agricultores y conecta a estos con mercados de confianza, estimulando así la producción agrícola y mejorando la capacidad de empresa. Entre 2010 y 2011, se compraron localmente casi 25.000 toneladas métricas de maíz en respaldo de la red de protección etíope. Incluso en el Cuerno de África, el PMA está salvando vidas con alimentos adquiridos regionalmente.

El PMA está elaborando otra herramienta de gestión del riesgo, en asociación con la Comisión de la Unión Africana —y con el respaldo del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola, la Fundación Rockefeller, el Departamento de Desarrollo Internacional del Reino Unido y el Banco Mundial— para aprovechar la diversificación natural del riesgo meteorológico a lo largo y a lo ancho de África. Este mecanismo de raíz africana pretende generar financiamiento para el riesgo de catástrofes y desembolsará recursos a los gobiernos participantes inmediatamente después de una sequía u otra catástrofe natural.

Según algunas determinaciones preliminares, si los países africanos mancomunaran el riesgo de sequía, necesitarían apenas la mitad del capital que debería reservar cada país para financiar sus reservas individuales. Por ende, la mancomunación panafricana de riesgos sería un mecanismo de financiamiento promisorio para la seguridad alimentaria del continente. En el Cuerno de África, les habría permitido a los gobiernos participantes emplear esos fondos a comienzos de 2011, en cuanto quedó claro que nuevamente la estación lluviosa no llegaría y que la situación se tornaba urgente. El ARC contribuirá a reducir las demoras de implementación debidas al financiamiento, brindar asistencia oportuna y eficaz a los más vulnerables y evitar trastornos a otros programas críticos dentro de cada país.

Cuando no queda más alternativa, las intervenciones de emergencia siguen siendo el plan auxiliar para brindar socorro alimentario vital. Lo alentador es que cada vez más datos



*Josette Sheeran es Directora Ejecutiva del Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas.*

apuntan a los notables beneficios de los nuevos “alimentos inteligentes” para el tratamiento de la malnutrición en el Cuerno de África.

En Pakistán, el PMA ha creado una pasta sumamente fortificada a base de garbanzos producidos localmente. La producción de un alimento inteligente parecido se está expandiendo en Etiopía. Estos suplementos instantáneos contienen sustancias nutritivas esenciales, y su producción significa empleos y oportunidades para las comunidades locales.

La vulnerabilidad es algo que se puede corregir. En Dolo, Somalia, vi a Sadak, un bebé de 18 meses que su madre había transportado durante 14 días desde el centro del país hasta

la frontera con Etiopía en busca de alimentación. Estaba tan malnutrido que muchos lo daban por muerto. Tras cinco semanas de un tratamiento que incluyó el suplemento instantáneo a base de cacahuets Plumpy'Sup, Sadak recobró la salud. Su carita redonda y su sonrisa encantadora son prueba de que esta inversión rinde en vidas salvadas.

La publicación médica británica *The Lancet* confirma que los niños que no reciben una alimentación adecuada en los 1.000 días entre la concepción y los dos años se exponen al riesgo de un desarrollo cerebral deficiente y un daño permanente. El hambre y la malnutrición son problemas económicos a largo plazo que reducen la capacidad remunerativa de las personas y el capital humano de las naciones.

Un estudio realizado en América Latina por el PMA junto con el BID y la CEPAL muestra que la malnutrición puede producir una pérdida económica promedio de 6% del PIB. Usando el promedio de 6% para los 36 países con el mayor problema de malnutrición, el PIB perdido supera los US\$260.000 millones.

Sin embargo, esas pérdidas empalidecen frente al gigantesco rendimiento de la inversión en la lucha contra la malnutrición. Según estimaciones del Banco Mundial, US\$10.300 millones al año en intervenciones nutricionales en esos 36 países evitarían más de 1,1 millones de muertes infantiles, reducirían a la mitad la prevalencia de la malnutrición grave y evitarían la atrofia de crecimiento de otros 30 millones de niños.

Debemos contrarrestar la postura cínica de que nada da resultado. Debemos mostrar que la lucha contra el hambre y la malnutrición no incumbe solo a las misiones humanitarias, sino también a los ministros de Hacienda, los presidentes y los primeros ministros. Por eso me da tanta satisfacción que el presidente Sarkozy de Francia y otros dirigentes hayan incluido la seguridad alimentaria en el temario del G-20. El compromiso del FMI de responder de manera flexible y oportuna a emergencias repentinas también constituye otro paso importante.

Colaborando para reducir la vulnerabilidad a más largo plazo podremos evitar que niños como Sadak paguen el precio del desorden mundial, regional y nacional. El mundo posee los conocimientos y las herramientas no solo para evitar las hambrunas, sino también para poner fin ya a la malnutrición y al hambre. No se trata solo de tener compasión, sino de crear empleos a lo largo de toda la cadena de suministro y de gestionar el riesgo al mismo tiempo que se salvan vidas. ■